



Valor de la Misa y estipendios

Cándido Pozo S. I.

EN la Misa Cristo mismo se ofrece por nosotros. Persona divina, el valor de la Víctima ofrecida en la Misa es infinito. Sin embargo, ciertas prácticas, corrientes en la Iglesia, no parecen, a primera vista, estar en consonancia con esta verdad fundamental. Una y muchas Misas son ofrecidas por una misma intención. Largas fundaciones de Misas se establecen en favor del alma de un mismo difunto. ¿No bastaría ofrecer a Cristo ante el Padre una sola vez, para satisfacer por todo posible delito e impetrar cualquier gracia?

Lo finito y lo infinito en la Misa

La Misa es una acción compleja, en la que intervienen ofrecimientos diversos y de muy diverso valor.

Cristo es en la Misa Sacerdote y Víctima principal. Y esa oblación de Cristo es, sin duda, de un valor infinito delante del Padre. Pero también ofrecen y se ofrecen en la Misa, con diversa principalidad y en diversos sentidos, la Iglesia, el sacerdote celebrante, el fiel que aporta la materia completa para el sacrificio (o, lo que es equivalente, sufraga el coste de ésta), los fieles que asisten a la Misa... Los actos de todos estos oferentes son necesariamente de un valor limitado y finito.

Elementos de valor infinito y elementos de valor limitado concurren a la oblación del Sacrificio de la Misa. Los elementos de valor finito representan valores variables en las diversas Misas. La variabilidad está determinada por la santidad —variable— de esos oferentes humanos. Incluso el grado de santidad actual de la Iglesia militante, contemporánea al ofrecimiento de tal Misa concreta —y variable, sin duda, ya que no es sino la suma de la santidad de cada uno de los fieles— determina, con respecto a ella, el valor del ofrecimiento de la Iglesia, que es intrínseco a toda Misa. La santidad del sacerdote y de aquellos fieles que, por un título u otro, son oferentes más cercanos, hace variar el valor de sus ofrecimientos.

El Padre recibe el sacrificio de la Misa y lo valora en su complejidad. Hay en él valores infinitos (la Víctima y el ofrecimiento del Sacerdote principal, Cristo) que hacen que la adoración, la acción de gracias, la satisfacción por todos los pecados del mundo, tributadas al Padre, sean infinitas. Sin embargo, los frutos que miran a los fieles concretos no pueden serlo. No es que la Misa en sí sea apta solamente para conseguir un determinado núme-

ro de gracias (donde hay elementos de valor infinito y otros de valor limitado, la suma siempre vale infinito), sino que nuestra pequeñez —tanto de oferentes como de beneficiarios— recorta y limita su valor efectivo, su “valor útil”, su eficacia con respecto a nosotros.

La eficacia de la Misa

En toda la economía de la oración Dios deja a salvo su libertad en el Gobierno del mundo. Sobre todo cuando se trata de bienes materiales, no siempre concede cuanto se le pide. Ni siquiera en los espirituales, cuya conveniencia con respecto a nosotros sea cuestionable, es infalible la eficacia de la oración. Otras veces Dios aguarda nuestra insistencia. Y, en todo caso, aunque, por decirlo así, quisiera, tampoco podría darnos bienes infinitos. No somos capaces de obtener tales o tantos bienes. Es la incapacidad de la concha para encerrar en sí la inmensidad del mar.

Si atendemos a estas consideraciones generales no nos parecerá arbitrario el que Dios haya limitado —con límites para nosotros desconocidos— el valor eficaz del sacrificio de la Misa. Ni que al limitarlo valore las diversas Misas de diversas maneras, atendiendo a sus elementos variables: el valor moral —dependiente de la propia santidad— de los ofrecimientos de todos aquellos que, además de Cristo, la ofrecen.

Esta doctrina no podrá menos de espolear a la santidad al sacerdote celebrante, consciente de que su vida virtuosa y el fervor de su celebración dan un mayor valor eficaz a su Misa. Y los fieles mismos encontrarán en ella un motivo más para santificarse: el “sacrificium Christi” (sacrificio de Cristo), que es también “sacrificium Ecclesiae” (sacrificio de la Iglesia), crece en eficacia, en este su segundo aspecto, al crecer la santidad de la Iglesia ac-

tual de la que cada miembro es parte. Como ideal inasequible —límite hacia el que el fiel podrá tender incesantemente— pensemos en lo que la santidad sin par de la Virgen Santísima (la más alta que se haya dado dentro de los límites de la Iglesia militante) habrá conferido de eficacia a las Misas celebradas en los años que precedieron a su Asunción (1).

Los estipendios

La Misa es el sacrificio de Cristo. Pero este sacrificio no puede celebrarse sino a condición de que el hombre lleve, por su parte, al altar los dones materiales sobre los que ha de operarse la acción transustanciativa y sacrificial. El hombre “se pone en movimiento y lleva su ofrenda al altar, ofrenda que en la misma cumbre, en el momento de la oblación, se le convierte en sacrificio de Cristo” (2). Este primer paso humano, previo a la acción sacrificial, es el ofrecer a Dios “las primicias de la creación” de que nos habla San Ireneo (3): entregas de dones, símbolo de nuestra entrega a Dios, de aquella entrega que la Iglesia militante hace de sí misma mientras con Cristo, su Cabeza, repite la entrega divina de El en el Calvario.

Es claro que si los frutos del sacrificio se han de repartir proporcionalmente a la cercanía e importancia de la intervención de cada uno en él, ha de haber un fruto especial, superior evidentemente al de los meros asistentes al sacrificio, propio de quien entrega la materia sobre la que se ha de realizar la acción sacrificial. Esta materia, dado el peculiar modo de ser del sacrificio eucarístico y en virtud del

principio paulino de “que los que ejercen funciones sagradas, del sagrado lugar sacan su sustento, y los que al altar asisten con el altar entran a la parte” (1 Cor. 9, 13) (4), no puede ser la estrictamente indispensable para su celebración, sino que ha de proporcionar al sacerdote, que actúa en el sacrificio, un elemental apoyo para su mantenimiento.

No hay en esta concepción católica del estipendio nada que pueda presentar una sombra de simonía o compra-venta de lo sobrenatural. Quien entrega algo para que sea ofrecido a Dios, nada compra ni vende. Ni se cambia la naturaleza de esta entrega de materia para el sacrificio, por el hecho hoy frecuente de que los fieles suelen dar no la materia misma (con la amplitud explicada), sino su equivalencia en metálico. La acción permanece una entrega de dones para el sacrificio.

Ambos procedimientos estuvieron en uso en los sacrificios del Antiguo Testamento. Y no olvidemos que el sacrificio eucarístico viene a sustituirlos a todos. Unas veces el fiel entregaba al sacerdote la materia misma para el sacrificio (recuérdese el par de tórtolas o palomas en la Purificación de Nuestra Señora: Lc. 2, 24), y otras se enviaban presentes con cuyo importe tal sacrificio pudiera realizarse (el caso del envío a Jerusalén del botín recogido por Judas Macabeo para ofrecer un sacrificio por los caídos en la batalla: 2 Mac. 12, 43).

Habría simonía si se hiciese una venta de bienes espirituales. Si, por ejemplo, el sacerdote intentase dar *el fruto personal* que él, como oferente, perci-

(1) Cfr. M. DE LA TAILLE S. I., en la Enciclopedia «Eucharistia», Paris (Bloud et Gay) 1947, pp. 171-178.

(2) J. A. JUNGMANN, *El sacrificio de la Misa*, trat. I, núm. 256. B. A. C. 1951. Traduc.: Baumann S. I.

(3) *Adv. Haer.* 4, 17, 5, MG 7, 1023.

(4) Ya en el Exodo (29,28) se habla de la parte de determinados sacrificios (la «terumá») que se reserva para sustento de los sacerdotes. Prescripciones de este tipo —o testimonios de su uso— pueden encontrarse fácilmente en el Antiguo Testamento. Baste citar Lev. 2,3; 2,10; 5,13; 6,16 (ó 9 en la numeración del texto hebreo); 6,26 (19 hebreo).

be en la Misa, a cambio de bienes temporales. Tal pretensión ha sido siempre condenada por la Iglesia como simoníaca (5). Pero no es éste el sentido auténtico del estipendio.

El interés de los fieles por una mayor intervención en el sacrificio eucarístico, mediante el ofrecimiento de materia para él, es de la más remota antigüedad cristiana. Las ofrendas para el sacrificio eran prácticamente universales por parte de los asistentes a la Misa. Así se deduce del hecho de que San Cipriano reprenda a la mujer rica que, pudiendo, no ofrece nada, por desidia, para la celebración: "Dominicum celebrare te credis... quae in Dominicum sine sacrificio venis, quae partem de sacrificio quod obtulit pauper sumis?" (¿Crees asistir dignamente a la Misa... tú que vienes a ella sin ofrenda y participas de la que ofreció el pobre?) (6).

Este es el sentido de la procesión de ofrendas. No vamos a referir la historia de este rito, existente ya a principios del siglo IV (7), ni su evolución hasta la sustitución (por comprensibles razones prácticas) de la ofrenda en especie por su equivalente en metálico. Baste notar que muchos siglos antes de que esta costumbre se implantase universalmente se conocía, sin dificultad en ello, el uso del dinero. Ya San Epifanio menciona el uso de equivalentes en metálico: nos narra, en efecto,

(5) Cfr. la proposición octava de las condenadas el 24 de setiembre de 1665 por Alejandro VII: H. DENZINGER, *El Magisterio de la Iglesia*, núm. 1108, Herder 1955. Tr. Daniel Ruiz Bueno.

(6) *De opere et eleemosyna* c. 15, ML 4, 612 s.

(7) Cfr. JUNGMANN, o. c. t. II, núm. 1-23.

cómo un neófito, después de recibir el bautismo entregó al obispo una suma pidiéndole: "Ofrece por mí" (8). A esta concepción de dar, en lugar de la materia propia, un equivalente, responde también el hecho de que, aun dentro de la procesión de ofrendas, se ofreciesen otras cosas distintas de pan y vino, que son la materia propia del sacrificio (9).

Es importante subrayar, a la luz de la doctrina expuesta, que a la mayor intervención en el sacrificio, consistente en aportar la materia para él (o costearla como hoy es corriente) corresponde un fruto especial. Pero ese fruto corresponde a una intervención humana en la Misa y es, por tanto, variable. Sin que podamos medirlo estrictamente, el fruto será tanto mayor cuanto a la voluntad de participar en la Misa llevando (o costeando) los dones, corresponda más una voluntad de ofrenda personal. La acción de entregar los dones es objetivamente símbolo de nuestra voluntad de entrega a Dios. Cuanto esa acción sea realizada con más autenticidad, mayor será el fruto recibido.

Desde un punto de vista pastoral vale la pena esforzarse porque el fiel supere la mera materialidad de entregar el dinero del estipendio. Sepa ver en ello un símbolo de su deseo de entrega a Dios y, en consecuencia, una a la entrega material, su asistencia personal y religiosa a la Misa que se ofrece por su intención (siempre que le sea posible) y la sincera oblación de su corazón renovado.

(8) *Adv. Haer.* 30, 6, MG 41, 413.

(9) *Jungmann*, o. c., t. II, 9-23.